

VIAJE AL OCULTO CORAZON DE FRANZ
(Algunas consideraciones sobre «América», de Kafka)

*A mi padre que, como Kafka, tanto
dice con su silencio*

En julio del presente año se cumplen cien años del nacimiento del escritor checo-alemán Franz Kafka. Buena prueba de su actualidad es la cantidad de estudios que vienen realizándose en estos últimos tiempos, como la aclaratoria y recientemente aparecida "Biografía", realizada por el profesor Ronald Hayman (1).

La modernidad de Kafka viene dada además porque muchos años después —como ocurre con los clásicos— siguen planteándose cuestiones oscuras y aún no resueltas tanto referidas a su vida como a su obra.

Es Franz Kafka uno de esos escritores cuyo conocimiento de su vida es crucial para la correcta y total interpretación de la obra. Una singular y, quizá, extraña manera de ser y de vivir dio como consecuencia inmediata una obra sin precedentes, original y extraordinaria en toda la extensión de la palabra.

En estas líneas vamos a hacer algunas nuevas consideraciones en torno a "América", novela que, según algunos, es la más clara y fluida de todas las escritas por el autor.

Y por ahí se encauza nuestro comentario, pero a la inversa. Es decir: que "América" no es, al menos a nuestro juicio, la novela más legible y

(1) RONALD HAYMAN: "Kafka, biografía". Argos Vergara. Barcelona, 1983.



simple de cuantas escribió Kafka, sino que, muy al contrario, encierra en su aparente sencillez una absoluta complejidad y, si se nos permite la palabra, misterio.

Leamos, en primer lugar, las palabras de Kafka, contenidas en su "Diario" y recogidas por Max Brod (2):

"El *Copperfield* de Dickens. *El fogonero*; imitación lisa y llana de Dickens; más imitación aún, la novela proyectada. Cuento de maleta, el bienhechor y el hechicero, los trabajos humillantes, la amada en la finca rural, las casas sucias, etc.; pero, ante todo, el método. Ahora veo que mi intención fue escribir una novela a lo Dickens, bien que enriquecida por luces más fuertes que sustraje a mi época y por temas que había recogido de mí mismo".

Es necesario realizar algunas puntualizaciones con respecto a estas palabras. Como puede comprobarse por el propio texto, Kafka sólo había escrito por estas fechas (1912) tan sólo el primer capítulo, titulado "El fogonero", de la extensa novela. El resto era, en ese instante, un simple proyecto que en su conclusión fue muy diferente a como en un principio fue concebido.

Algunos críticos se han fiado de las palabras de Kafka y han montado sus dispositivos críticos sobre la base de las mismas. Los comentarios, de este modo, se han enfocado a partir de la influencia del narrador inglés sobre el novelista de Praga. Fue así como nació el trabajo de Mark Spilka en el que pone en directa relación la obra de Dickens con la de Franz (3).

Tampoco es nuestro propósito negar, ni siquiera poner en duda, una influencia predicada por el propio novelista como se deduce de las palabras textuales anteriormente reproducidas. Sin embargo no podemos aceptar como decisiva la influencia de Dickens en "América". Muy al contrario, a nuestro entender, esta posible aportación de Dickens se reduce al primer capítulo de la obra y algunos pasajes muy aislados del resto.

Dickens sabe poner a salvo su propia personalidad aun narrando en primera persona, como ocurre en su "David Copperfield". Kafka —y esta es una de sus grandes aportaciones a la narrativa contemporánea— no sabe, como el narrador inglés, distinguir la realidad de la ficción.

(2) MAX BROD: "Kafka". Alianza Editorial. Madrid, 1974. En pág. 133.

(3) MARK SPILKA: "Dickens and Kafka: A mutual Interpretation" (Londres, 1963).



Se nos presenta en el primer capítulo de "América" al protagonista, Karl Rossman, como un muchacho de 16 años. quizá algo inocente y confiado. El joven Rossman evoluciona no de un modo natural, como ocurre en las novelas de Dickens, sino que va a ser *contagiado* por la fuerte personalidad del autor de la novela. Y así, en los capítulos siguientes, no vamos a presenciar a un muchacho que paga por su inocencia o por su juventud, sino que su gran error será el ser justo, coherente y razonable, el ver las cosas de un modo más preciso y claro —como las veía Kafka— frente a la tozuda razón de los demás.

No hay un desarrollo biológico del personaje. A partir de "El fogonero" el protagonista tanto hubiera podido ser, como en este caso, un joven de 16 años como un adulto de cualquier edad: la solución y el razonamiento de las diferentes situaciones hubiera venido a ser el mismo.

Si Kafka quiso realizar una novela teniendo como modelo a Dickens es tan sólo una idea inicial que quedó más que diluida cuando puso manos a la obra. Y así lo conforman las propias palabras de Franz cuando, tras acabar "El fogonero", empezó a escribir el resto de los capítulos:

"La novela —se refiere naturalmente a *América*— es tan grande como si estuviera perfilada en el firmamento entero (y también tan incolora e indefinida como el cielo hoy), y me atasco en la primera frase que quiero escribir".

Un hecho anecdótico, pero interesante, nos puede ayudar en nuestro juicio: "El fogonero" fue escrito en 1912; en ese mismo año Kafka escribió "El proceso" y "La metamorfosis", quizá su novela más apreciada.

El propio Klaus Wagenbach dedica todo un capítulo de su obra sobre Kafka a este mismo año y que titula "1912" (4).

Fue, por tanto, 1912 un año importante y prolífico para el escritor. Después vino el hastío y el silencio. La palabra escrita costaba sangre. Kafka veía cómo sus intentos acababan en el cesto de los papeles.

De todo lo expuesto se puede comprender la diferencia existente entre lo escrito en aquel 1912 y lo que se realizó con posterioridad. "América" hubiese sido una obra muy diferente a lo que es hoy de haberse escrito por completo durante ese mismo año. Es por ello por lo que muchos críticos y

(4) KLAUS WAGENBACH: "Franz Kafka en testimonios personales y documentos gráficos". Alianza Editorial. Madrid, 1970.



editores han visto conveniente separar "El fogonero" del resto de los capítulos.

En los ojos y en la mente de Kafka todo se transformaba. Raramente las cosas o los hombres conservan su auténtico estado a lo largo de sus obras. Conocida es la transformación de Gregorio Samsa en un terrible insecto en "La metamorfosis" o la de Pedro el Rojo que pasa de su condición simiesca a ser hombre en su "Informe para una Academia". En "América", aunque en mucha menos escala, al abrirse la obra, encontramos una curiosa metamorfosis que difícilmente podrá ser explicada:

"Cuando Karl Rossman (...) entraba en el puerto de Nueva York, a bordo de ese vapor que ya había aminorado su marcha, vio de pronto la estatua de la diosa de la Libertad, que desde hacía rato venía observando, como si ahora estuviese iluminada por un rayo de sol más intenso. *Su brazo con la espada se irguió como un renovado movimiento, y en torno a su figura soplaron los aires libres*" (5).

¿A qué responde ese deliberado cambio de una espada por la antorcha? El punto de apoyo para que los críticos puedan hallar la clave de esta transformación ha de resultar posiblemente más difícil que las metamorfosis de las demás obras, menos complicadas y oscuras.

El resto de los capítulos de "América" encierran igualmente secretos muy difíciles de desvelar. Así ocurre por ejemplo, salvando los pequeños detalles del resto de la obra, en el capítulo final que lleva por título "El gran Teatro integral de Oklahoma". Karl Rossman va a aquel teatro en busca de un empleo y encuentra a su amiga Fanny que está empleada allí y que está vestida de ángel, tocando la trompeta y subida a un altísimo pedestal. Fanny y Karl conversan sobre este "extraño teatro":

"—¿Pero es en realidad tan grande todo esto? —preguntó Karl.

—Es el teatro más grande del mundo —dijo Fanny otra vez; yo misma, por cierto, no lo he visto todavía, pero muchas de mis compañeras que ya han estado en Oklahoma dicen que casi no tiene límites" (6).

(5) FRANZ KAFKA: "América". Alianza Editorial. Madrid, 1971. (El subrayado es nuestro). Pág. 7.

(6) FRANZ KAFKA: "América". Edic. cit. Pág. 312.



En este teatro sin límites son admitidos todos cuantos se aproximan a pedir trabajo. Todos los nuevos empleados del gran circo son subidos a un tren que les llevará hasta Oklahoma. La novela finaliza con la descripción del paisaje que es observado por Karl desde la ventanilla del tren, camino de Oklahoma:

“...Allí se abrían valles oscuros, estrechos, desgarrados, y uno señalaba con el dedo la dirección en que iban perdiéndose; allí venían anchos ríos torrenciales, precipitándose con premura, en forma de grandes olas, sobre el quebradero lecho y, arrastrando en su seno mil pequeñas olas espumosas, volcábanse bajo los puentes que el tren atravesaba tan cerca que el resto se estremecía al hálito de su frescor” (7).

Otra diferente explicación puede tener “América” si la sometemos a un análisis partiendo de otros diferentes supuestos. “América” podría muy bien ser entendida como un alegato en favor de la libertad que tantas veces persiguió el escritor, hombre atado a una familia contra su propia voluntad.

Vista globalmente la obra, se nos presenta a un joven que a partir del cuarto capítulo se encuentra libre de trabas familiares. A pesar de su destino incierto puede elegir cualquier lugar donde desarrollar su vida: “Elegió, pues, —leemos al final del tercer capítulo— una dirección cualquiera y emprendió la marcha”.

Visto así esto respondería plenamente al concepto de educación de Franz Kafka. En una carta del escritor sobre la educación de los niños, recogida por Max Brod, podemos leer las siguientes palabras que justificarían nuestro razonamiento:

“Los padres se atribuyen durante la infancia de sus hijos el derecho exclusivo de representar a la familia no sólo en lo exterior, sino también en su organización interna espiritual: quitan así a sus hijos, paso a paso, su derecho a la personalidad propia, y pueden llegar a anunciarles la capacidad de desarrollar positivamente este derecho; es una desgracia que, con el tiempo, puede tocar no menos a los padres que a los hijos”.

(7) FRANZ KAFKA: “América”. Edic. cit. Pág. 318.



Por eso Kafka deja de la mano a Karl Rossman. Deja que él mismo busque su libertad. La libertad que él hubiese querido, sometido a las trabas y caprichos de su padre.

Las consideraciones sobre "América" no están cerradas. Muy al contrario, posiblemente durante este año que conmemorará cien años del nacimiento del escritor de Praga, han de abundar los trabajos que ayudan a esclarecer esta y otras cuestiones más interesantes. Kafka no es sólo un nombre; es un mundo aún espeso por las tinieblas. Sirvan como apunte final las certeras palabras de Max Brod, el hombre que quizá conoció mejor que nadie a Kafka :

"Si la humanidad comprendiera mejor qué es lo que le ha sido brindado en la persona y en la obra de Kafka, su situación sería totalmente distinta...".

